

# LA INVENCIÓN DE LA MEMORIA

**C**uando el mismo día falla Internet, arde la biblioteca nacional y un virus formatea el disco duro o se traspapela un cuaderno de notas, queda la memoria. La memoria es, junto a la creatividad, el aprendizaje, el amor, una de las más apreciadas facultades humanas: todo el montaje (Gutenberg, monasterios, papiro, periódicos, video, ...) que desde hace siglos venimos construyendo no es más que un remedo endeble de una memoria social análoga a la memoria individual. Los libros, las bases de datos, los ficheros, los monumentos, son memorias ortopédicas (falso elixir de la memoria para Platón) que tratan de esconder bajo la alfombra de arboles clasificatorios, índices y epítomes el inevitable deterioro de la información, del pasado.

La memoria del hombre seguramente sea capaz de mucho más de lo que enseña; hay por el desparado universo de la literatura grandes memoristas. Unos, esforzados y metódicos mnemotécnicos, que usan memoria con truco. El tercer ojo, de T. Lobsang Rampa, narra la vida probablemente inventada de un aprendiz de lama. Para almacenar todos los datos necesarios para ejercer de sabio en el Tíbet "Imaginábamos que nos hallábamos en una habitación en cuyas paredes se alineaban miles y miles de cajones. En cada cajón había una etiqueta claramente escrita y las palabras de cada etiqueta podían leerse con toda facilidad desde el lugar donde estábamos. Teníamos que clasificar todo lo que nos iba diciendo el profesor, y nos habían enseñado a imaginar que abríamos el cajón apropiado y archivábamos en él el dato que acabábamos de oír. Lo importante era que visualizásemos con toda claridad tanto el dato como la exacta localización del cajón. No se necesita demasiado entrenamiento para entrar -imaginativamente- en esa habitación, abrir el cajón correspondiente, sacar el dato requerido, así como todos los demás que con él se relacionen". Hay otros más neuróticos como en las Memorias del señor Schabelewopski, de Heinrich Heine, donde un estudiantillo "No podía sufrir que se moviese lo más mínimo de su cuarto; a ojos vistos se ponía intranquilo solo con que se tocara la cosa más insignificante, aunque solo fueran los despabiladores de la luz. Todo debía permanecer como estaba, pues sus muebles y demás efectos le servían de ayuda, según los preceptos de la nemotécnica, para fijar en su memoria toda clase de datos históricos y filosóficos. En cierta ocasión que la sirvienta, durante su ausencia, se llevó del cuarto una caja vieja y cogió de la cómoda sus camisas y calcetines para poderlos lavar, cuando volvió a casa estuvo inconsolable y aseguraba que ya no sabía absolutamente nada de la historia asiria, y que todas las demostraciones sobre la inmortalidad del alma, que con tanto trabajo había ordenado sistemáticamente en los distintos cajones, estaban ahora en la colada".

Fascina también quienes suplen la vida con el recuerdo, o con quienes viven solo a través de libros. El imperturbable personaje de *El extranjero*, de Albert Camus, en la cárcel, descubre que “una vez más todo el problema consistía en matar el tiempo. A partir del instante en que aprendí a recordar, concluí por no aburrirme en absoluto. Me ponía a veces a pensar en mi cuarto, y, con la imaginación, salía de un rincón para volver detallando mentalmente todo lo que encontraba en el camino. Al principio lo hacía rápidamente. Pero cada vez que volvía a empezar era un poco más largo. Recordaba cada mueble, y de cada uno, cada objeto que en él se encontraba, y de cada objeto, todos los detalles, y de los detalles, una incrustación, una grieta o un borde gastado, los colores y las imperfecciones. Al mismo tiempo ensayaba no perder el hilo del inventario, hacer una enumeración completa. Es cierto que fue al cabo de algunas semanas, pero podía pasar horas nada más que con enumerar lo que se encontraba en mi cuarto. Así, cuanto más reflexionaba, más cosas desconocidas u olvidadas extraía de la memoria. Comprendí entonces que un hombre que no hubiera vivido más que un solo día podía vivir fácilmente cien años en una cárcel. Tendría bastantes recuerdos para no aburrirse”. El más singular es sin duda Funes el memorioso, de Borges, que recuerda absolutamente todo, al detalle, con una “intolerable precisión en la percepción de la realidad”. Tardaría un día entero en rememorar minuciosamente un día cualquiera de su vida. Borges nos acerca al vértigo del mundo de Funes, a sus proyectos inacabables de realizar un catálogo de todos sus recuerdos, dibujando la sospecha de que “no era capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles casi inmediatos”. El culto a la memoria atora cualquier intento de decir algo nuevo; haría fatalistas a los soñadores, imposible el cambio. La memoria inmoviliza, es imposible conocer ni tan siquiera el presente, la distancia entre dos puntos de una recta es infinita, las rectas son muchas. ¿Donde está el equilibrio entre documentar y crear, entre revisión bibliográfica y trabajo original de investigación?. Por eso en Alicia a través del espejo, de Lewis Carroll, la Reina blanca, no concibe una memoria que no funcione hacia adelante (Tan inexacta como la que funciona hacia atrás)

Por último traer aquí la memoria más libresca de este catálogo incompleto, las de los excluidos de *Fahrenheit 451*, la impecable novela de Ray Bradbury. Un mundo de medios de comunicación omnipresentes y alienantes, de censura, de bomberos que queman libros. Al otro lado del río, esperando su oportunidad, una comunidad secreta de peregrinos memoriza los grandes libros. Han desarrollado un sistema para refrescar la memoria, porque aunque “tenemos memorias fotográficas, nos pasamos la vida entera aprendiendo a olvidar cosas que en realidad están dentro”. De esta manera cada hombre libre se transforma en un libro (“Hola, yo soy La República de Platón. ¿Desea leer a Marco Aurelio? Mr. Simmons es Marco”). También ellos queman los libros, por temor a que los otros los encuentren. ¿Acaso leer no es quemar libros? Su deseo es “conservar los conocimientos que creemos habremos de necesitar, intactos y a salvo. No nos proponemos hostigar a nadie. Aún no. Porque si se destruyen, los conocimientos habrán muerto, quizá para siempre”. Transmitiendo oralmente, aceptando el deterioro y la pérdida, a su debido tiempo renacerán los libros, los poemas, con las explicaciones a todo esto que está pasando. “Cuando la guerra termine los libros serán escritos de nuevo”. A la manera del esfuerzo de conservación de la edad media, en espera de tiempos mejores, estos “vagabundos por el exterior, bibliotecas por el interior” tratan de salvar en su piel la memoria de la humanidad.

Olvidar, desordenar, oscurecer, son las tareas que, fuera de la vista de los usuarios, hacemos en los centros de documentación, para no terminar devorados por nuestra propia criatura. Y al final documentar es recordar. Y cuando se pierde la memoria queda el olvido y volver a decirlo todo, desde el principio reescribir el mundo.

✍

Tomás Saorín